

Encierro en la Sierra Fría

Ximena Ruiz Rabasa

Era un encierro, de esos de respeto, de vida o muerte, por la salud. Sonó un redoble en el tono del teléfono: “¡Doctor, qué gusto escucharlo!”. Dijo Carlos, mi marido, tras el auricular. Las llamadas del Doctor Pérez Romo siempre nos daban alegría y aliento, sobre todo en esos momentos en los que estábamos en casa, cuidándonos de la covid-19, aquel bicho, como muchos le decían. Después de un intercambio de palabras con anécdotas y risas, nos dijo, con entusiasmo: “Los invito a mi cabaña de la Sierra Fría”. Aceptamos con algo de miedo, sin embargo, tratamos de tomar todas las precauciones: sana distancia, mascarillas, ventanas del auto abiertas y gel-alcohol. Al iniciar nuestro viaje, el Doctor, Ingrid Pérez, su nieta, Gala, la

bella pit bull, mascota de Ingrid, y nosotros agarramos al toro por los cuernos. Con las ganas que teníamos de estar cerca y gozar, los cubrebocas quedaron diluidos, escondidos y olvidados entre una guitarra, una botella de raicilla y la ilusión.

Llegamos expectantes a ese coloso. Entre los encinos y laureles, se olvidó todo lo que hasta ese momento se vivía debido a la pandemia. En una especie de paseílo, en dirección a un gran arriate, nos cobijaron los claroscuros que las ramas de un majestuoso árbol tejían, y que dieron abrigo a familiares, amigos, aves, ardillas. Su generoso tendido de sombra permitió disfrutarnos. Recuerdo con nostalgia la imagen de nuestro querido Doctor Pérez Romo, el eterno viajero que nos invitaba a subir con él a gozar la faena de la vida. Cada expresión suya era una revolera o un natural que salía de los labios de aquel creador de ilusiones. Nos sentíamos seguros y nos unía, como a muchos que lidiamos a su lado, el mundo de la memoria. Era fascinante escucharlo conversar, ya fuera de historia, literatura, música, arte y, en especial, del toreo. En la presa, que daba de beber a los venados, arrojamos nuestros temores; ahí nos dio la alternativa, salimos seguros y bien plantados al ruedo para dar inicio a la Fiesta.

En esa apoteósica tarde, nuestros alternantes fueron: el primer espada, Agustín “el Flaco de Oro”, resplandeció. Vimos, en la barrera, la auténtica belleza de “la Doña” María Félix. Escuchamos, desde el sol, la melodiosa y acompasada voz de Amparo Montes. José Mojica, el segundo espada, nos narró su historia: “solamente una vez/ amé en la vida”, y su conversión mística nos hizo desgranar unas lágrimas. Pedro Vargas, el tercer espada, se posó en la arena, y por tafalleras, acompañado por una vieja vihuela, con su gran voz de tenor, entonó: “Mujer, mujer divina, tienes el veneno que fascina en tu mirar”. En un sorpresivo al alimón apareció generoso el Calesero con sus caleserinas, contándonos de aquellos ayeres en su tierra aguascalentense y sus andanzas con su gran amigo Alfonso. Se le unió Fermín Espinosa “Armillita” envuelto en

un halo eufórico, junto con Zenaido, Juan, Fermín y Manolo, quienes, a su paso, arrojaron rosas rojas que aún no se marchitan. Silverio y Carmelo, desde el cielo, dieron paso a la monarquía, y en un trincherazo pudimos evocar el temple de sus muletas. La luz de las velas realzó nuestras figuras, nuestros trajes de noche brillaron con el fulgor de la chimenea. Fuimos acompañados por rayos y centellas que el cielo nos regaló. Las gargantas entonaron “¡olé!”; canciones y poemas. ¡Llegó el duende!, como decía García Lorca, y llegó para quedarse en ese lugar.

Para cuajar una gran faena debe imprimirse en ella pasión, hambre de triunfo y experiencia. Hay que exponer el cuerpo, aclarar las ideas, estar preparado y dispuesto a arriesgar el todo por el todo. El amor y el toreo son de dos, que se miran, se retan y seducen. Allá, a lo lejos, se escuchó un eco envolvente con los compases que creó Joaquín Pardavé. No podía faltar la Negra, en paz descanse, quien fue la compañera, el motor del médico, el padre, el hombre de familia. Su “negra consentida, la negra de su vida”, llegó a la cita y nos tomó de la mano para disfrutar el encuentro. Le dimos las gracias a la tauromaquia que une, cuestiona, nos pone a prueba y, en una serie de símbolos, descifra el enigma de la existencia, de nuestro batallar diario, de la aproximación a la siempre misteriosa muerte.

Hay días que no se olvidan, momentos que nos acompañarán toda la vida, quizás en una tarde nublada o de sol, lluviosa o con borrasca, y es que hay presencias que todo lo llenan, instantes que dejan a su paso una claridad que nos inunda, incluso logran desvanecer el espacio al que pertenecen. Las imágenes que evocaba mi mente tras cada reunión con el Doctor Pérez Romo eran las de mi niñez. Su presencia siempre me hizo recrear a mi padre en el campo bravo guanajuatense, montando en su caballo pura sangre color durazno para cuidar de sus reses bravas. También recordaba, al verlo y escucharlo, la personalidad sincera y la bonhomía del que

me dio la vida: firme en sus principios, generoso, hombre de fe, amigo de sus amigos, amante de su familia, de los toros, las tertulias y la música, en especial la de Lara. Me gusta pensar que ahora están juntos para llenar mis días de gloria.

Después de ese mágico encierro en la Sierra Fría, nuestro amigo, el más sabio, docto y generoso, colocó en mis hombros, por unos instantes, un precioso capote de paseo blanco con flores bordadas a mano de gran colorido y finos detalles hechos con hilo de oro. Esa escena me ha llevado a imaginar que nos cedía los trastos. El maestro, después de grandes tardes de triunfo, se cortó la coleta. Ha detenido su camino. Para fortuna nuestra, nos dejó su ejemplo y enseñanzas. Seguiremos en la brega diaria, sacando la casta, y en los momentos de debilidad, recordaremos su excelso arte de a pie, ése que lo hizo salir victorioso del ruedo por la puerta grande.